

VI

QUEJAS DE JESÚS Á LA RELIGIOSA INGRATA

Induxi vos in terram Carmeli ut comederetis fructum ejus et optima illius, et ingressi contaminasti terram meam.

JER. II. 7.

RESTIMADA Margarita: Muy en gracia me ha caído el miedo que te ha causado la parábola de la higuera evangélica, que comentábamos en mi anterior; y me ha caído en gracia, porque nunca como ahora he podido decir de tí que el miedo guarda la viña. Lo indican así claramente estas preguntitas que me haces: «Si tan malo es el árbol que no da frutos para su dueño ¿qué sería, si produjera espinas que le punzaran? Si tan enojado se mostró el amo de la higuera, porque no le daba higos, ¿qué hubiera hecho de ella, si los diera venenosos? Si tanto siente Jesucristo no hallar fruto de virtud en un alma religiosa, ¿que sentirá, si la ve cargada de culpas y de frutos de iniquidad? ¿Pero es posible que haya quien ofenda á Dios en los claustros? ¿Es posible que en los jardines de la Religión se crien árboles llenos de ponzoña? ¿Cabe en corazón humano tanta ingratitud? ¿Es posible que el hijo pródi-

go se vaya dos veces de la casa de su padre? ¿Es posible que la ovejita amada huya de los brazos del buen pastor?»

No lo sé, Sor Margarita, y si lo sé me lo callo por ahora; pero si te diré que en cierta ocasión, quejándose Dios de la ingratitud de su pueblo amado, mandó al profeta Jeremías que le dirigiera las terribles palabras con que empiezo esta carta, y que parecen dichas para los religiosos malos y para las religiosas culpables. «Yo, dice el Señor, os traje á la tierra del Carmelo para que comiérais sus delicados frutos; y después que estáis en él, habéis contaminado mi tierra, y habéis puesto la abominación en mi heredad... Id á las islas de Cethim, recorred las regiones de Cedar, y ved con admiración que ellos no me han sido tan ingratos como vosotros... Espantaos, ¡Cielos! y vuestras puertas caigan de asombro, porque dos crímenes ha cometido mi pueblo; á mí me abandonaron, que soy la fuente de agua viva, y se han ido á beber las aguas de cisternas disipadas, y de los sucios charcos del mundo... ¿Y qué vas ahora buscando por el camino de Egipto, para beber agua turbia? ¿Qué tienes tú que ver con el camino de los asirios?»

Así se quejaba Dios antiguamente de su pueblo amado, y así se queja también Jesucristo hoy, desde el fondo del sagrario, zahiriendo á las religiosas que mantienen amistades y relaciones con el siglo; á las que tienen aficiones reprobadas que las apartan del trato y comunicación con Dios. Yo, dice el Señor, te traje del mundo á este monte Carmelo, para que tú, religiosa ingrata, gustaras en él los suaves frutos de mi amor; y en vez de hacerlo así, has contaminado mi heredad, has sembrado la discordia en mi casa, y has puesto la abominación en el lugar santo. Vuelve tu vista á las amigas que en el mundo dejaste; recorre las

congregaciones de jóvenes piadosas á que tal vez perteneciste, y verás que me han sido más fieles, y se han portado mejor que tú. ¡Oh Cielos! sed vosotros testigos de esta ingratitud de mi escogida: me abandonó á mí que soy su Dios y su verdadero Dueño, y se ha ido á buscar sus ídolos entre las criaturas. ¡Oh esposa mia! yo te traje aquí para tener contigo mis delicias y regalos; y tú me has abandonado, por tener tus vanidades entre los hijos de los hombres. Y no me digas que no te has contaminado con los aires del mundo; porque yo sé que tú respiras esos aires corrompidos, y que amas las vanidades. ¡Terrible reconvencción, Sor Margarita! ¿La mereces tú por desgracia? Es de suponer que no; pues aunque sé bien que imperfecciones y miserias humanas las tendremos siempre, no puedo persuadirme que tengas el atrevimiento de abandonar al Criador por la criatura, con ofensa de nuestro Señor.

Por otra parte sé también que Dios no ha formulado en vano estas quejas en la Sagrada Escritura, de donde yo las he tomado: lo cual prueba que siempre hay algún alma desnaturalizada, ingrata á sus beneficios. Y si actualmente no lo eres, podrías llegar á serlo, perdiendo el temor de Dios. Por eso, conociendo que el remedio que evita una enfermedad es mejor que la medicina que después la cura, voy á decirte hoy lo enojado y quejoso que está Jesucristo con las religiosas que tienen dividido el corazón entre Él y el mundo. No me taches, pues, de rígido por lo que voy á decirte, porque se dirige á evitar un mal futuro que podría venir fácilmente sobre tí, y sobre cualquiera religiosa que mantenga amistades con el siglo.

Cuando una religiosa se olvida del fin para que Dios la trajo al claustro, y deja de producir frutos de santidad, y se aficiona al trato del mundo, y tiene mucho locutorio y muchas visitas, aunque no sean en las

rejas; esta religiosa tarde ó temprano acaba por dividir su corazón entre Dios y el mundo, cae en la tibieza, y con ella en pecados ó faltas habituales que insensiblemente la apartan de Dios; porque sabido es que el pecado no es otra cosa más que separarse uno de Dios: *aversio a Deo* le llamó Santo Tomás de Aquino.

Y tú me preguntas con mucha candidez, si esto puede ser, si es posible que la ovejita amada huya de los brazos del buen Pastor; y no sólo es posible, sino real, y por desgracia harto frecuente. Cuánto amargue esto al Corazón divino de Jesús y cuánto sea (á nuestro modo de entender) el sentimiento que tamaña ingratitud le causa, son cosas que yo quisiera expresártelas con toda la viveza posible, porque bastarian para enternecer corazones empedernidos; cuanto más al tuyo, que de su natural es tierno y afectuoso. Un alma que soñando conoció algo de esto, lo contaba después emocionada de la manera siguiente:

“En aquel misterioso sueño me pareció estar delante del divino Jesús, que rodeado de ángeles, me miraba con ojos lánguidos y amorosos: ¡Qué mirada aquella! ¡qué rostro el suyo! Los pinceles de Murillo jamás han pintado un rostro como aquel. Y volvió á mirarme, entreabrió sus labios y me dijo: “Yo soy el buen Pastor....” Señor, ya lo sé, iba yo á contestarle; pero me detuve, porque el sonido de sus palabras era tan mágico y producía tal encanto á mi alma, que no pude interrumpirle; y Jesús continuó:

“Soy el buen Pastor... y un día ví al lobo enemigo que sagazmente acometía y se llevaba arrastrando á uno de los corderos más hermosos de mi rebaño. Yo como le ví, salí tras él corriendo, para quitarle mi inocente corderillo; y el lobo, al verse perseguido, lo soltó en el suelo, pero tan maltratado, que daba compasión de verlo. La sangre roja manchaba su blanca lana, y

apenas podía tenerse sobre sus piés. Yo compadecido curé sus heridas con bálsamo oloroso, lo cuidé con esmero y pronto convaleció. Estando ya sano, era de esperar que nunca se apartara de mi lado, que no volviera á los peligros de que lo libré, y huyera del lobo que lo había maltratado; mas, ¡ay! apareció un día la fiera cerca de la manada, y apenas lo divisó el necio corderillo, víctima de inconcebible locura, corrió hacia el lobo... y allá lo tiene entre sus garras. Yo perdí mi cordero, y por él estoy llorando. Aún llevo escrito su nombre en mi corazón; se llama... y pronunció un nombre que yo me resisto á estampar en este papel!., Luego prosiguió, suspirando:

“¡Qué ingratos son los mortales! ¡Y qué necias las desventuradas hijas de Adán! Crié una paloma para regalo mio, y un día observé que, fascinada por el mágico poder de escamosa serpiente, revoloteaba en lo alto de un árbol, bajando de rama en rama hacia la boca del reptil, que con su aliento la atraía. Ya estaba á punto de ser devorada, cuando salí al encuentro, ahuyentando con mi presencia la culebra; y la paloma cayó á mis piés casi muerta. La cogí presuroso, la estreché sobre mi seno, y en él la abrigué, prodigándole mil caricias, que le dieron nueva vida. Yo pensé que jamás se iría de mi lado; pero apenas un astuto cazador la llamó con fingido reclamo, engolosinada ella con el cebo que le puso delante, se apartó de mí, y quedó presa en las redes del siglo: ¡Ay paloma ingrata! ¡Ay Sor....! y aquí pronunció otro nombre que más de cuatro religiosas podrían sustituir con el suyo propio..”

Me dirás tal vez que esto es un sueño, y así es en verdad; pero no es sueño, sino mucha realidad las quejas parecidas á éstas, que Nuestro Señor da en la Escritura Santa á los malos religiosos; y se queja de nosotros, porque con nuestras ingratitudes herimos su amante

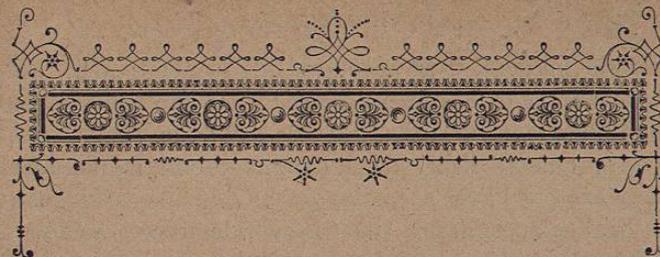
Corazón. Dice el Evangelio que al acercarse Jesucristo el Domingo de Ramos á Jerusalén (figura del alma religiosa) miró la ciudad diciendo: “¡Oh si conocieras tú en este día lo que está oculto á tus ojos! ¡Oh si supieras tú apreciar este día de tu visitación!., ¿Pues con cuánta más razón puede Jesucristo decir esto al alma desagradecida? ¡Oh si conocieras tú, pobre alma, el grande amor que yo te tengo, y la enorme ingratitud con que me pagas! Tú, escogida entre millares, libertada de tantos peligros, dotada de tantos privilegios y gracias, elevada á la dignidad de esposa mia, alimentada tantos años con mi cuerpo sacratísimo, ¿tú, me pagas con tan negra, con tan horrenda ingratitud? Si una joven mundana, si una mujer del siglo, si una de las hijas de Edón me hubiera ofendido, me sería más tolerable; ¿pero tú, hija de Sión, Virgen de Israel, tú ofenderme?”

¡Si fuera mi enemigo el que me ofendiera, lo sufriría: pero que me ofenda mi amiga, mi amada, mi esposa; ¡ah! esto es insufrible para mi Corazón! ¿Por qué tanto desvío? ¿Por qué tan grave injuria? ¿Qué te hice yo para que me maltrates de ese modo? ¿*Quid feci tibi, aut in quo contristavi te?* ¿*Responde mihi?* ¿No te acuerdas de aquellos días de fervor, cuando vivíamos el uno para el otro? ¿No te acuerdas, cuando los dos andábamos á porfía, yo á darte pruebas de mi amor y tú á corresponder á ellas? ¿No te acuerdas de aquellas dulces lágrimas que yo te daba, y de aquellos suspiros amorosos que tú en retorno me volvías? ¿No te acuerdas de aquellas promesas de serme siempre fiel, y de amarme con todo tu corazón? ¿Qué se ha hecho tu palabra? ¿Qué motivos te he dado yo para tanta ingratitud? ¿No te acuerdas, cuando yo te alimentaba con el dulce manjar de los ángeles? ¿No te acuerdas, cuando gustabas en mi mesa eucarística las dulzuras del amor divino? ¿No te acuerdas, cuando te arrojabas á mis bra-

zos y yo te estrechaba sobre mi corazón? ¿Y ahora ¡ingrata! te has olvidado de mí? ¿Qué te hice yo ¡traidora! para que dejaras de amarme? ¿Qué te hice yo ¡pérfida! para que me dejaras por criaturas miserables? ¡Espantaos, Cielos! ¡que mi amada me ha dejado por buscar sus complacencias en el trato con las criaturas!

¡Ay, Sor Margarita! el alma que resista á estas amorosas quejas del Salvador, no tiene corazón humano, sino corazón de hiena, signo evidente de eterna reprobación. Y no vayas á creer que sea esto invención mía; que no son sino quejas que lanza Dios contra nosotros en el salmo cincuenta y cuatro. Procuremos no merecerlas y pongamos fin á esta carta, dando entrada en nuestros corazones al amor y á la confianza y sacando de ella el fruto que al principio me propuse. ¿Estás por la misericordia de Dios libre de afectos terrenos? ¿Está tu corazón tan desasido de las criaturas que no tenga Jesucristo motivo plausible para formular contra tí las justas quejas que lanza contra otras? Pues, entonces, da gracias á Dios, y que te sirva lo dicho de remedio preventivo contra cierta plaga infernal que invade algunos conventos. Pero, si está tu corazón aficionado ó apegado á criatura alguna de la tierra, ten entendido que esa afición y apego én una esposa de Cristo, si no es pecado, está muy cerca de serlo. Es preciso, por lo tanto, romper cuanto antes toda amistad que nos distraiga ó nos aparte de Dios; es menester purificar el corazón empañado con el aliento del mundo, y ofrecérselo de nuevo á Jesucristo que lo espera con los brazos abiertos. Y finalmente, que no tengas amistades con el siglo: que seas toda de Jesús, y que no tengas corazón más que para Jesús, es lo que desea tu afectísimo Padre

FR. A.



VII

CAMINO POR DONDE SE LLEGA Á LA INGRATITUD CON DIOS.

Qui spernit modica, paulatim decidet.

ECCLI. 19. 1.º

El que desprecia las cosas pequeñas, poco á poco caerá.

ECCLI. 19. 1.º

DEVOTA sierva de Cristo: Por la tuya veo lo mucho que se aflige tu alma y se entenece tu corazón á vista de las amargas quejas que lanza nuestro Señor contra los religiosos ingratos á sus beneficios é infieles á su vocación. Dices que te traspasa el alma considerar que algún día pueda Dios echarte en cara tu ingratitud, con estas palabras que no recuerdas dónde las has leído: «Viña querida, yo te planté para mí de sarmientos escogidos; pues, ¿cómo te has convertido en viña depravada, que produces frutos amargos para mi corazón?» Estas palabras que son del capítulo 2.º de Jeremías, encierran otra queja de Dios contra la ingratitud de los religiosos imperfectos.

Quisieras tú saber por qué camino se va á ese abis-

mo de maldad, para apartarte de él; y yo te digo, mi buena Margarita, que á ese precipicio se va por el camino de *eso no es nada*, y por la senda de *poco me importa*; quiero decir, por el camino del abandono, que empieza por hacer poco caso de las *cosas pequeñas*, con lo cual se acostumbra uno insensiblemente á cometer faltas; éstas degeneran bien pronto en pecados veniales, y éstos tarde ó temprano nos llevan al mortal, si son muchos y deliberados.

La raíz de este mal está en reputarse por cosa bahladí lo que en la vida religiosa no lo es, porque aquí todo es de importancia; y por eso nos advierte el Espíritu Santo que quien desprecia lo poco, caerá en lo mucho. Por pequeñeces insignificantes empezamos los religiosos á malearnos, y no puedo creer que ningún alma verdaderamente religiosa, de repente dé caídas graves, sin que antes haya tropezado y caído muchas veces en cosa leve.

De aquí la necesidad que tenemos de andar vigilantes, y dar mucha importancia en la vida religiosa á cositas de poco valor, porque en eso está el principio de nuestro bien ó de nuestro mal. Pequeña cosa es un agujero como una nuez que se le haga á un navío, y sin embargo, en esa abertura está el naufragio ó salvación del barco; la salvación, si se tapa pronto, y el naufragio, si no se hace caso de ella y se deja entrar el agua, que poco á poco hundirá la nave hasta sumergirla en el profundo del mar. Pequeña cosa es también un grano de erisipela, cuando aparece; y no obstante, si se la descuida ó no se la hace caso, puede fácilmente extenderse por todo el cuerpo ó interesar algunos de los órganos principales, y producirnos la muerte. Pequeña cosa és, por último, un orzuelo en un ojo, ó una mancha herpética en la cara, y sin embargo, afea eso tanto á una persona, que no se la puede mirar sin asco ó sin

lástima. Pues, si esto que es tan pequeño afea tanto la hermosura del cuerpo, ¿cómo afearán la hermosura del alma las faltas morales, ninguna de las cuales es pequeña á los ojos de Dios? Ay ¡cuán feas aparecerán á los divinos ojos algunas almas por hacer poco caso de lo que llamamos pequeñas imperfecciones! Ya pues que somos tan cuidadosos de la hermosura exterior y tan solícitos de la salud corporal, no demos menos importancia á la hermosura interior y á la salud del alma. Acordémonos de que somos religiosos, y hagamos mucho caso de pequeñas faltas, porque abren el camino para ese abismo de ingratitud que tanto te espanta.

Comprenderás esto mejor, si piensas que las mayores enfermedades y aun la misma muerte, proceden á veces de causas insignificantes, al parecer. ¿Qué cosa más insignificante que una pulga? Pues de una persona supe yo que se le metió una por el oído, se quedó sorda, atonteció y de eso murió. ¿Qué cosa más insignificante que la arista de una espiga de trigo? Pues no hace mucho que á un niño se le atravesó una en la garganta y pereció ahogado. ¿Qué cosa más insignificante que el microbio, imperceptible á simple vista? Pues eso tan pequeño causa espantosos estragos en las familias y en los pueblos, llevando el contagio colérico á todas partes. En fin, ¿qué cosa más insignificante que el átomo de polvo que levanta el viento, por los caminos? Pues eso ha bastado á veces para dejar ciegos á los pobres caminantes. Lo mismo pasa en el orden espiritual: hay faltas que ciegan al religioso; hay imperfecciones que, por no destruirlas, hacen poco á poco languidecer al alma; esta insensiblemente pierde su vigor, y cuando viene á mirar por sí, está ya enferma de gravedad ó muerta por el pecado. Bien lo dice el proverbio común: Por un clavo se perdió una herradura, por una herradura, un caballo y por un caballo, el caballero que lo

montaba. Así de pequeñas cosas suelen resultar grandes males en el orden espiritual.

El hacer poco caso de esas faltas pequeñas tiene para el alma un resultado hartó funesto, y es detenerle el curso de las gracias divinas, privándola de ese rocío del Cielo tan necesario para producir frutos de santidad. Cierta novicia no comprendía cómo las faltas ligeras podían detener el torrente de las gracias divinas, y el Padre Maestro se lo dió á conocer con esta hermosa parábola. Conoció á una joven tan noble como hermosa, y tan hermosa que parecía bajada del Cielo. Tenía ella un jardín precioso, de lo mejor que he visto en mi vida, adornado con toda clase de plantas y flores olorosas; ¡qué bello era! y ¡cuánto gozaba la niña cuidando su jardín! Las primeras y las mejores flores que producía, eran para el sér que ella amaba, y su dicha no reconocía límites cuando enajenada de gozo iba enseñándole á su amado las plantas de aquel ameno vergel. Este se mantenía fresco y lozano, merced á una fuente bulliciosa y cristalina que le enviaba sus aguas por un pequeño canal, el cual las distribuía al mismo tiempo por todo el jardín. Un día dejó caer por descuido una piedra en el pequeño acueducto, y le dieron ganas de sacarla con su blanca mano; pero dijo entre sí: ¿Para qué he de mojarme? *¡Eso no es nada!* y prosiguió. Otro día, al pasar, dejó caer con el roce del vestido otra piedrecita en el mismo sitio, y en vez de sacarla exclamó: Piedra más ó menos *importa poco*, y siguió adelante. Otras veces le aconteció lo mismo, y tampoco hizo caso de aquellas pequeñeces, con lo cual se fué poco á poco cegando el acueducto, hasta que un día de grandes vientos el aire arrojó sobre él hojarasca, papeles y follaje, que, deteniéndose en las piedras, obstruyeron por completo el canal, y las aguas saltaron fuera, tomando otra dirección y dejando seco el jardín.

Cuando la joven necia volvió á él, halló marchitas las flores, agostadas las plantas y seco el vergel de sus amores. Lloró, gimió y se echó en cara el no haber hecho caso de aquellas piedrecitas, pero todo inútil; ya era tarde. Acudió á quitarlas, y las aguas que habían carcomido el terreno, habían también destrozado el acueducto, corrían hacia lo bajo, y cada vez se apartaban más del jardín que tantas veces fertilizaron. Pero no fué esto lo más amargo para la pobre niña, sino que estando en esa faena llegó su Amado, que era el dueño de la fuente, le afeó su conducta, le reprendió su pereza, y la zahirió, preguntándole qué había hecho del agua de su fuente y de las flores que con ella se regaban. No pudo responder la infeliz más que con su llanto, y por no haber sacado con tiempo aquellas piedras que impedían el curso del agua, tuvo que formarle nuevo cauce, y plantar otra vez su jardín, estando entre tanto privada de la vista y de las caricias del Amado de su corazón.

Esto que te acabo de contar, si bien lo entiendes, verás que no es, sino la historia íntima de muchas religiosas. El alma consagrada á Dios es la dueña del más hermoso de los jardines, del jardín misterioso é interior, que llama la Escritura *huerto cerrado*. Las flores que en él se crían son las de las virtudes, cuyo aroma se eleva al Cielo, recreando á los ángeles de Dios. La fuente con que ellas se riegan brota del Corazón divino de Jesús; y éste es el Amado del alma que ha puesto sus delicias en morar con ella, allá en el interior de su vergel, arrullado por los céfiros, mecido por las brisas y embalsamado por las flores. Muchas veces goza allí el alma la regalada presencia del Amado; y siempre tendría flores que ofrecerle; si cuidara de quitar las piedrecitas que pueden impedir las avenidas del agua; pero muchas veces no hace caso de cosas tan pequeñas,

y poco á poco se obstruye el canal, y el agua se desparra, y las flores se marchitan, y el jardín se seca, y el Amado nos reprende, y se aleja de nosotros, y no vuelve hasta que ve de nuevo lozano y floreciente el jardín de sus amores.

¿No es ésta, Sor Margarita, la historia compendiada de muchas almas religiosas? ¿No es acaso también la tuya? ¿No se han secado nunca en tu vergel las flores de las virtudes? ¿Y ahora, cómo lo tienes? ¿Está florido, de modo que pueda pasear por él el Amado de tu alma? Pues entonces, sigue cuidándolo, ten muy limpios los canales por donde corren las aguas de la gracia, y aparta con esmero todo impedimento que pueda interceptar ese canal misterioso por donde corren las gracias, desde el Corazón de Jesús hacia el nuestro. Porque, si te descuidas en este punto, si haces poco caso de cosas pequeñas, si ves tus imperfecciones y dices, *eso no es nada*; entonces por ese camino llegarás á donde no quieres ir, verás tu vergel agostado, y Jesús te dirigirá con muchísima razón aquella queja que tanto te estremece: Viña querida, yo te planté de sarmientos escogidos, ¿pues cómo te has hecho viña depravada, que produce frutos amargos para mi corazón? Mas, si por desgracia te encontraras ya en este caso, ¡ay! entonces sería menester regar las flores con lágrimas y empezar otra vez de nuevo.

Cuando un alma religiosa, por hacer poco caso de cosas pequeñas ha venido á caer en cosa grave, esta caída causa en ella tanto estrago, que no se puede bien ponderar. No sólo pierde con eso la gracia y amistad divina; no sólo ofende á Dios y pierde el derecho que tenía á la herencia del Cielo; no sólo se hace acreedora al infierno y á tormentos perdurables, como pasaría á cualquiera otra que pecara, sino que además pierde la paz interior, la libertad de espíritu, la alegría

del alma, el mérito de todas las buenas obras que haya hecho, y el gloriosísimo título de esposa de Cristo, quedando convertida en amiga de Satanás, y en habitación de demonios, según las frases de los libros santos. Bien podemos pedir á Jeremías sus patéticas lamentaciones para llorar la ruina y los estragos de esa alma. ¿Cómo se ha obscurecido el oro, perdiendo su brillo y hermosura? ¿Es ésta la hija de Jerusalén, en otro tiempo tan hermosa? ¿A quién te compararé, Virgen de Sión? Has perdido tu decoro, patente está tu ignominia, pues has quedado como viña vendimiada, como jardín abandonado y como ciudad saqueada.

¿Por dónde se llega á tan triste estado? Ya te lo dije al principio, Sor Margarita, por el camino de *eso no es nada* y de *poco me importa*; porque esa poca importancia que damos á las cosas pequeñas, nos dispone para caer en las grandes, facilitando la mala costumbre y haciéndonos perder el horror á lo grave. Esto es lo que hacía exclamar á San Juan Crisóstomo: Una cosa maravillosa me atrevo á decir, que os parecerá nueva y nunca oída; y es que algunas veces es menester poner más cuidado en evitar las faltas pequeñas que las grandes, porque las grandes ellas en sí mismas traen consigo un horror y repugnancia que nos hacen aborrecerlas; pero las pequeñas, por lo mismo que lo son, nos hacen flojos y remisos en desecharlas; y como les hacemos poco caso, de pequeñas que son, se convierten en grandes por nuestra indolencia (1). No seamos, pues, negligentes, no andemos por el ancho camino de *eso no es nada*, y así estaremos seguros, que es lo que desea tu afectísimo Padre

FR. A.

(1) Homil, 88, in Matth.